

Famosas Últimas Palabras

Sheri Dew

Conferencia de Mujeres de BYU

¡Nunca me canso de ver este panorama tan hermoso! Nunca deja de asombrarme que puede uno arribar a casi cualquier ciudad del mundo y encontrar un grupo de hermanas como éste. Quizás varíen un poco el tono de la piel y la forma de los ojos, pero desde Alaska hasta las Amazonas tenemos hermanas que han hecho los mismos convenios, que tienen las mismas esperanzas y que necesitan saber que son importantes.

Al orar acerca de esta asignación, he recibido una impresión una y otra vez: Éste no es un grupo de mujeres ordinarias, ni esta congregación ni otras similares en todo el mundo. El Señor se deleita en nosotras; Él nos ama y depende de nosotras. Y a causa de la gravedad e importancia de esta época creo que nuestra obra más vital está por realizarse.

De allí el tema de mi discurso: Las famosas últimas palabras. Créanme, mis palabras no tienen nada de famosas y también espero que no sean las últimas, pero sí tengo la responsabilidad de ofrecer las últimas palabras de esta conferencia anual, y al estar al borde de una época predicha por los profetas desde los inicios del mundo, hay algunas palabras famosas que debemos repasar.

Entre ellas las de José que fue vendido a Egipto. Recordarán que se reunió con sus intrigantes hermanos cuando la hambruna los obligó a ir a Egipto en busca de grano sólo para encontrar que su benefactor era el hermano al que habían traicionado. Cuando José los envió de vuelta a Canaán en busca de su padre, las últimas palabras que les dijo fueron que no rompieran filas por el camino (Génesis 45:24). Ese consejo nos recuerda las famosas últimas palabras del apóstol Pablo que escribió al finalizar su vida: "He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor . . . en aquel día" (2 Timoteo 4:7-8). La declaración de Pablo me recuerda el himno "Pon tu hombro a la lid," que cantábamos con frecuencia en la pequeña rama de Kansas porque la abuela escogía los himnos y le encantaba la última estrofa: "Vigila, lucha por tu Dios con fuerzas y valor; alienta buenas obras hoy; pon tu hombro a la lid."¹ (No sabía cuánta verdad encerraba la frase inicial "El mundo busca . . . obreros con valor.")

Todas esas últimas palabras iluminan nuestra meta y desafío: el no romper filas con el Evangelio en nuestra jornada mortal, pelear la buena batalla contra el enemigo de la rectitud, acabar la carrera hecha a nuestra medida y nutrir nuestra fe en Jesucristo, y hacerlo al trabajar, velar, luchar y orar.

En realidad, este proceso en el que estamos embarcados es glorioso pero difícil, y hay muchos motivos, uno de los cuales aprendí como joven deportista de 1.75 m de altura que vivía, respiraba y jugaba cualquier deporte que estuviera de temporada. Cuando tenía unos 13 años teníamos un excelente equipo de béisbol en la escuela, y como pítcher y también capitán, estaba

decidida a llevar el equipo al campeonato. Todos llegaron a ver el partido decisivo, incluso mi familia.

El partido estuvo reñido desde el primer lanzamiento, pero al empezar la última entrada, llevábamos la ventaja de 2 a 1. Desafortunadamente, fue cuando todo empezó a fallar. Primero, le di base por bola al primer bateador; el siguiente bateó un elevado al parador en corto, a quien se le cayó la bola; y el tercero conectó una rola a la tercera base, a quien se le pasó. Las bases estaban llenas. El siguiente bateador sacó una línea a la primera base, y el jugador se agachó. Los dos corredores anotaron carreras y mi visión de trofeos comenzó a disiparse. El siguiente bateador mandó un elevado que pasó al jardinero izquierdo, y mientras él buscaba la bola en el rincón, todos los corredores anotaron.

Quizás se pregunten por qué aún recuerdo los detalles. Pues bien, el episodio entero está grabado en mi recuerdo porque en ese momento sucedió algo que aún no puedo explicar. Desde el montículo del pitcher comencé a gritarles a mis compañeras, y no les grité las palabras de ánimo que se esperarían del capitán del equipo, sino que regañé a todo el equipo por más o menos un minuto, y de repente me di cuenta de que no estaba sola en el montículo. Allí estaba mi mamá, aparentemente harta de mi comportamiento. Me tomó del brazo y me llevó hasta el autobús escolar estacionado junto al campo.

En el campo todo se detuvo. El ampáyar y los entrenadores se miraban unos a otros y después miraban el autobús, donde mi madre, agitando el dedo índice, declaró las que para mí fueron las más famosas últimas palabras de mi niñez: "Tú estás fuera de control. Se te olvidó quién eres, dónde estás lo que realmente es importante. Y si deseas volver a jugar al béisbol, sugiero que corrijas ahora mismo ese error." Me bajé del autobús, pedí disculpas a todos y regresé al montículo. Perdimos el partido.

Mi mamá tenía razón; yo estaba fuera de control. Se me había olvidado quién era y lo que se esperaba de mí; dónde estaba y el comportamiento debido en el terreno de juego; y lo que era importante, o sea, no sólo jugar bien, sino portarme bien.

Parece que aquí en la vida mortal es fácil hacer lo que yo hice: perder de vista quiénes somos, por qué estamos aquí, y, como resultado, distraernos de lo que realmente es importante. Si no tenemos un sentido claro de nuestra identidad y propósito, somos mucho más vulnerables a Lucifer.

Claro que él lo sabe y trata de empañar nuestra visión. Desafió aún al Salvador. "Si eres Hijo de Dios, échate abajo," lo provocó Lucifer, a lo que el Salvador respondió: "No tentarás al Señor tu Dios," afirmando sin lugar a dudas quién era Él (Mateo 4:6-7). Cuando el adversario trató de tentar al Salvador a adorarlo, prometiéndole reinos que no podía darle, Cristo lo despidió sin más ni más: "Vete, Satanás" (Mateo 4:8-10). No hubo plática ingeniosa ni negociación. El Señor sencillamente rechazó y expulsó al tentador, y entonces el diablo se tuvo que ir, ilustrando así un principio vital: que el poder de Jesucristo siempre es más fuerte que el de Satanás. El Salvador afirmó claramente quién era, permitiéndole así neutralizar al adversario.

Satanás intenta alguna variante de esa táctica con cada uno de nosotros. Miente, oscurece y borra la verdad, hace que el mal parezca bien y que el bien parezca tonto e ingenuo. Intentará cualquier cosa para oscurecer la verdad en cuanto a quiénes somos, en dónde estamos y lo que realmente es importante. En su última conferencia general, el presidente Harold B. Lee declaró que la comprensión de quiénes somos es "de primordial importancia" y que sin ella, no tenemos "un fundamento sólido para edificar nuestra vida."²

¿Es de asombrarse, entonces, que el enemigo de toda verdad y justicia lance un ataque total contra las mujeres SUD? Él entiende lo que expresó el presidente Joseph F. Smith: "Hay personas a las que les gusta decir que la mujer es el sexo débil. Yo no lo creo. Físicamente, quizás; pero en lo espiritual, moral, religioso y en la fe, ¿qué hombre puede compararse a una mujer realmente convencida?"³

Desde el punto de vista del adversario, somos peligrosas. Las mujeres justas dedicadas al Señor y unidas en la causa del bien amenazan su obra. Claro que somos su blanco y que trata de engañarnos; somos mujeres con un claro entendimiento de quiénes somos. Como dije al principio, no somos mujeres ordinarias.

Sabemos que somos amadas hijas espirituales de padres celestiales, mujeres que se esfuerzan por escuchar la voz del Señor, mujeres dedicadas a su familia, mujeres cuyos convenios e influencia abarcan varias generaciones, mujeres que no son fácilmente engañadas, mujeres que consideran la maternidad algo noble y que hallan gozo en ser mujeres, mujeres íntegras, caritativas y puras.

Somos mujeres que comprendemos que a fin de obtener la vida eterna debemos pasar por muchas dificultades y desilusiones. Tenemos la libertad de elegir cómo vivir; en qué gastamos nuestros recursos temporales, emocionales y espirituales; y a qué y a quién nos dedicamos. Somos libres "para escoger la libertad y la vida eterna, por medio del gran Mediador . . . o escoger la cautividad y la muerte, según la cautividad y el poder del diablo" (2 Nefi 2:27).

Tengo un amigo que era un maestro talentoso. Durante una estancia en el hospital supo que su enfermera estaba recibiendo las charlas, y una noche hablaron extensamente del plan de salvación. Ella resumió la conversación cuando dijo: "Satanás no se gana casi nada, ¿verdad?" Así es; Satanás no se ganará casi nada, ni tampoco los que sean engañados y lo sigan. De allí nuestro desafío de recorrer el sendero estrecho y angosto hasta el fin de nuestra probación. (Véase 2 Nefi 9:27.)

Nuestra capacidad para negociar con éxito este campo espiritual minado llamado la vida mortal mejora dramáticamente si comprendemos quiénes somos y lo que es importante. Y lo importante es la vida eterna, "el máximo de todos los dones de Dios" (D. y C. 6:13). El presidente Spencer W. Kimball dijo: "Ya que la inmortalidad y la vida eterna son el único propósito de la vida, todos los demás intereses y actividades son sólo secundarios."⁴ ¿Significa eso que no debe haber partidos de béisbol ni carnes asadas ni ballet? Claro que no, pero sí significa que debemos estar concentrados en nuestra meta. Cualquier cosa que nos acerque más a la exaltación merece nuestro tiempo y energía; cualquier cosa que no lo haga es una distracción. Brigham Young lo dijo de esta manera: "Si tan sólo pudiéramos captar la visión . . . de que a su

debido tiempo heredaremos la vida eterna, si tan sólo pudiéramos verlo un momento, les digo que todo lo que tengamos que pasar lo describiríamos de buen agrado como una bendición."

Claro que se pondrá a prueba nuestra fe, que tendremos pruebas de resistencia, de nuestros deseos y de nuestras convicciones. Lorenzo Snow dijo: "El Señor . . . nos probará hasta que sepa lo que puede hacer con nosotros. Probó a Su hijo Jesús miles de años antes de que Él viniera a la tierra. El Padre lo había observado y sabía que podía contar con Él cuando estuviera en juego la salvación de mundos . . . Así que . . . continuará probándonos a nosotros a fin de colocarnos en las posiciones más altas de la vida y darnos las más sagradas responsabilidades."⁵ Es en los momentos de desánimo, de desilusión y de soledad que a menudo tomamos decisiones que forjan nuestra fe, que demuestran en dónde está nuestro corazón y que moldean nuestro carácter y fortalecen nuestras convicciones acerca de Jesucristo, la única fuente de fuerza y solaz que satisface.

Es significativo que las famosas últimas palabras de los profetas antiguos y modernos inevitablemente nos dirigen a Cristo. Éter nos amonestó, con sus últimas palabras, a "buscar a este Jesús de quien han escrito los profetas" (Éter 12:41). Moroni, el único sobreviviente de un pueblo una vez poderoso, selló el Libro de Mormón con la súplica: "venid a Cristo, y perfeccionaos en él" (Moroni 10:32).

En el último discurso registrado del rey Benjamín, dio este testimonio rotundo de Cristo: "si habéis llegado al conocimiento de la bondad de Dios, y de su incomparable poder, y su sabiduría, su paciencia . . . y también la expiación que ha sido preparada desde la fundación del mundo . . . digo que éste es el hombre que recibe la salvación . . . Creed en Dios; creed que él existe." Después aconsejó a su pueblo "[recordar] y [retener] siempre en [su] memoria la grandeza de Dios" (Mosíah 4:6–11).

No obstante, cuán pronto olvidamos. La palabra *recordar* o sus variantes se usan 136 veces en el Libro de Mormón, lo cual no nos asombra en la historia de un pueblo con espiritualidad inestable que experimentó visiones y milagros sólo para olvidar inmediatamente lo que había conocido y sentido. En repetidas ocasiones se amonestó a los nefitas y a los lamanitas que recordaran los convenios que habían hecho, el propósito de su existencia y la grandeza del Santo de Israel (2 Nefi 9:40). Las últimas palabras de Helamán a sus hijos contienen este poderoso consejo: "recordad que es sobre la roca de nuestro Redentor, el cual es Cristo, el Hijo de Dios, donde debéis establecer vuestro fundamento" (Helamán 5:12).

Y no es de asombrarse. Los pueblos del Libro de Mormón enfrentaban el mismo desafío que nosotros, el de mantener un enfoque eterno y espiritual en un mundo temporal y temporal. Una de las revistas de negocios que recibimos en la oficina publica cada verano una edición especial intitulada *La Buena Vida*. El último número tiene artículos sobre todo, desde vacaciones exóticas hasta ropa única de diseño exclusivo. Con la excepción de unos cuantos modelos con poca ropa exhibiendo lo último en equipo de submarinismo, no hay nada ofensivo en la revista; nada, repito, con la excepción de su premisa, que es al menos una distracción si no es que una mentira absoluta, porque sugiere que la buena vida se puede comprar con dinero y que los placeres materiales dan felicidad.

No es que haya algo de malo en disfrutar de los productos finos que ofrece esta vida, a menos que éstos sean nuestro objetivo o que los consideremos la fuente del gozo. No les sorprenderá saber que no había ninguna mención de los frutos del Espíritu ni del bálsamo del Salvador. Me pregunté cuál traje caro o cuál bungalow les ayudaría si tuvieran el corazón roto o anhelaran un sentimiento de paz. Por eso se nos aconseja "[ayunar] y [orar] frecuentemente" (Helamán 3:35), y orar "continuamente sin cesar" (Alma 26:22), para que nunca se aparte de nuestra mente el propósito de la vida y el conocimiento del Redentor. Participamos cada semana de la santa cena para renovar nuestro convenio de "[recordar] siempre" al Señor (Moroni 4:3; 5:2). Imagínense cómo cambiarían nuestras decisiones y nuestras prioridades si sólo hiciéramos eso, porque el recordar al Señor y el recordar quiénes somos parecen estar inseparablemente conectados.

En "El Rey León," el cachorro Simba abandona su legado y se vuelve a la vida desenfadada después de morir su padre, Mufasa. Pero cuando ese estilo de vida no satisfizo su ser interior, en un momento de desesperación Simba acude a los cielos. Su padre le responde cuando se le aparece, y después de escuchar las justificaciones de Simba, Mufasa dice sus últimas palabras: "Has olvidado quién eres porque me has olvidado a mí."

Al ampliarse y madurar nuestro testimonio de Cristo, sucede lo mismo con nuestra opinión de nosotros mismos y de nuestro potencial, y comenzamos a centrarnos más en la vida eterna que en la vida de hoy. Pero cuando lo olvidamos a Él, olvidamos quiénes somos y, casi inevitablemente, nuestra conducta nos desilusiona.

Entonces, ¿cómo recordamos al Señor en esta época en que el adversario ha desatado sus estrategias más potentes? El capitán Moroni nos da un modelo para nuestros días, porque así como él preparó a su pueblo para enfrentar un ejército más grande y feroz que el suyo, así también estamos en guerra contra un estratega siniestro que está dedicado a destruirnos.

Moroni preparó a su pueblo espiritual y temporalmente. Sus preparativos asombraron a los lamanitas, quienes "se asombraron en extremo, a causa del acierto de los nefitas en preparar sus plazas fuertes" (Alma 49:5).

Nosotras también necesitamos plazas fuertes, lugares en donde estemos a salvo, no sólo física y emocionalmente sino también en lo espiritual. Quisiera sugerir tres.

Fortalecernos espiritualmente. La primera plaza fuerte está en nuestro testimonio, que forma el cimiento de nuestra fe. Un testimonio personal de Jesucristo y la habilidad de escuchar Su voz nos brinda la primera y más confiable línea defensiva contra el adversario. Cuando todo lo demás falle, el Salvador no fallará, pero Su misericordia, Su sabiduría y Su fuerza no nos pueden ayudar si no creemos en Él ni lo buscamos.

Yo estoy tecnológicamente incapacitada. Ni siquiera puedo cambiar la hora intermitente en la video grabadora. Pero por veinte años he usado una computadora, y no me imagino cómo podría sobrevivir sin ella, aunque sólo sé hacer bien unas cuantas cosas. Comparada con mi hermano, que trabaja en la industria del software, soy ignorante. Él sabe hacer mucho más usando la misma computadora y los mismos programas. Por lo menos cien veces me ha ofrecido

enseñarme cómo trabajar mejor y más rápido, pero siempre lo ofrece cuando tengo plazos justos y no tengo tiempo para aprender a hacer las cosas más rápido y mejor. Continúo haciendo lo mínimo, haciendo lo que sé hacer bien pero dejando sin usar una enorme fuente de poder.

¿Cuántos estamos contentos con hacer lo mínimo espiritualmente en lugar de aprender a obtener acceso al poder que está al alcance de los que lo busquen y se califiquen? Brigham Young declaró que "debemos aprender cómo apoderarnos de toda bendición y todo privilegio que Dios ha puesto a nuestro alcance."⁶

Después de un viaje internacional, Eliza R. Snow dijo: "Desde mi regreso he pensado mucho en lo necesario de . . . ser un pueblo más singular de lo que somos, de . . . ser distintos del resto del mundo porque nuestros privilegios son más exaltados; debemos ser una luz que alumbré a las naciones de la tierra. Pero a menudo me pregunto, ¿somos lo que debemos ser?"⁷

Somos diferentes de las mujeres de la tierra, no sólo por lo que sabemos, sino por los privilegios espirituales que acompañan a los dotados del Espíritu Santo e investidos de poder en la Casa del Señor. El Señor no pone límites a nuestro acceso a Él, pero, desafortunadamente, nosotros sí. Nos limitamos cuando pecamos, cuando somos espiritualmente flojos, cuando no preguntamos ni buscamos. La sección seis de Doctrina y Convenios, que contiene el tema de esta conferencia, enseña en forma abundante cómo tener acceso al Espíritu. Nos dice que si pedimos, recibiremos; si preguntamos, los misterios de Dios nos serán descubiertos; y si edificamos nuestra vida sobre la roca de Jesucristo, ni la tierra ni el infierno prevalecerá en nuestra contra (D. y C. 6:5, 11, 14, 23, 34). En el Sermón del Monte el Salvador prometió que "todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá" (Mateo 7:8). No dijo los bonitos ni los inteligentes ni los que tengan dos o más hijos. Dijo todo el que llama y pide.

La mejor forma que conozco de fortalecer nuestro testimonio personal y protegernos del mal es tratar de tener tantas experiencias como nos sea posible con el Señor. Cuando Satanás tentó a Moisés, éste lo rechazó rotundamente, diciendo: "No cesaré de clamar a Dios . . . porque su gloria ha estado sobre mí; por tanto, puedo discernir entre tú y él" (Moisés 1:16, 18). Moisés resistió al maestro del mal apoyándose en su previa experiencia con Dios, que le había enseñado a discernir el bien del mal y a valorar los frutos del Espíritu. No hay nada tan estimulante como el Espíritu, y los que son más susceptibles a Satanás son los que no han probado esa dulzura, que no hacen caso de sus indicaciones, que quedan a solas para luchar en la vida.

Las experiencias valiosas con el Señor se reciben al ayunar y orar con sinceridad, al sumergirnos en el templo y en las palabras de Dios, y al someternos a Él, ya que Él no nos obligará a recibirlo. Entre las últimas palabras de Amalekí están estas: "quisiera que vinieseis a Cristo . . . y ofrecedle vuestras almas enteras como ofrenda" (Omni 1:26). Este proceso de total dedicación requiere tiempo y no es fácil.

Pero solamente al someternos a la inspiración del Espíritu podremos tener la esperanza de vencer al hombre natural, que quiere controlar, es indulgente consigo mismo y ensimismado, que raramente desea lo que le conviene, y que es impaciente, egoísta y exigente. Cuando Jesús dijo: "el espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil" (Mateo 26:41), el comentario no se refería solamente a sus discípulos adormilados.

El someternos al Señor siempre requiere sacrificio, a menudo el de nuestros pecados. ¿A cuántos pecados favoritos nos estamos aferrando que nos alejan del Espíritu e impiden que entreguemos nuestra vida al Señor? Las cosas como los celos, o el mal genio o poco autocontrol o el abrigar resentimiento o no guardar el día de reposo o la manera de usar el gárgamo o lo que escogemos ver o leer? Imagínense la onda expansiva en nuestra vida y en nuestra familia si cada una decidiéramos en este momento sacrificar algo que está opacando nuestros sentidos espirituales.

El someternos al Señor, de Quien podemos obtener mayor fuerza de la que podamos tener por nuestra cuenta, es la única fuente de fortaleza en esta vida y de felicidad en la vida venidera. Verdaderamente debemos perder la vida para encontrarla, porque si se lo permitimos, el Señor hará de nuestra vida mucho más de lo que nosotros podemos. Hace dos semanas conocí a una hermana misionera que fue la primera joven que se bautizó en su ciudad de Bulgaria. Su familia la desheredó, y sin embargo dijo entre lágrimas: "Nunca había escuchado de Jesucristo, pero cuando los misioneros me enseñaron, fue como escuchar algo que ya sabía. Amo este evangelio, y ahora tengo una gran responsabilidad en mi forma de vivir, porque Jesucristo ha cambiado mi vida." Y también cambiará la nuestra.

En estos días no podemos darnos el lujo de despreocuparnos de nuestro testimonio porque Satanás nunca duerme, y nosotros tampoco podemos hacerlo. La promesa por ser diligentes es magnífica; como lo fue para el pueblo de Moroni: "aquellos que fueron fieles en guardar los mandamientos del Señor fueron librados en toda ocasión . . . [y] jamás hubo época más dichosa entre el pueblo de Nefi" (Alma 50:22–23).

Fortalecer a nuestra familia. La segunda plaza fuerte en importancia es el hogar, que el presidente Howard W. Hunter dijo que es "la unidad más importante en esta vida y en la eternidad y como tal supera a todos los demás intereses de la vida."⁸

Que no nos asombre, entonces, que Satanás y sus secuaces estén atacando a la familia por todos los frentes. En los últimos treinta años se ha visto un alarmante deterioro en esta unidad fundamental de la sociedad, y los expertos predicen que en el siglo veintiuno se verá una nueva y dramática definición de la familia, una que ciertamente minará los propósitos de Dios para ella. La Proclamación sobre la Familia advierte que "la desintegración de la familia traerá sobre [nosotros] . . . las calamidades predichas por los profetas antiguos y modernos."

Nuestro profeta, el presidente Gordon B. Hinckley, nos hablaba directamente a las hermanas cuando declaró: "El hogar está siendo atacado; se han destruido tantas familias. Si alguien puede cambiar la deprimente situación en la que vamos cayendo, son ustedes. Levántense, hijas de Sión, acepten el gran reto que tienen ante ustedes . . . el reto que les doy . . . es que se dediquen una vez más al fortalecimiento de sus hogares."⁹

Si el mundo no puede ver en nosotras una clara señal respecto a la santidad del matrimonio y la familia, ¿a dónde puede acudir? Ciertamente las madres tienen una incomparable responsabilidad en este aspecto. Me encanta la declaración del presidente Heber J. Grant de que "la madre de la familia, mucho más que el padre, es quien infunde en el corazón de los hijos un testimonio y el amor al evangelio, y dondequiera que encuentren a una mujer

dedicada a esa obra, casi sin excepción encontrarán hijos también dedicados a ella."¹⁰ No puedo hablar por experiencia propia acerca de la maternidad, pero sí puedo hablar por observación. Cuando me quejo de mi vida agitada, inevitablemente las recuerdo a ustedes que son madres y la excepcional carga que llevan a cuestas, y entonces dejo de quejarme, porque no estoy segura si es posible trabajar tanto como ustedes. Y sé que nunca tendré la influencia de ustedes, que es resultado de los miles de millones de actos de servicio, compasión y paciencia que realizan al criar a sus hijos e impulsarlos hacia la exaltación.

Pero el no haber tenido el privilegio de tener hijos propios no significa que no me importa la familia. Yo tengo una familia de diecisiete sobrinas y sobrinos y trabajo duro para ser su tía favorita. Aunque yo haría cualquier cosa por esos niños, a menudo me he preguntado quién realmente está ayudando a quién.

Acabo de tener una de esas experiencias. Se me había asignado discursar en la última conferencia general. El discursar en el Tabernáculo es un privilegio y también una presión, y agonizo por semanas, si no es que meses, sobre esos mensajes. Así sucedió con este último discurso, y después de varias semanas de arduo trabajo, finalmente completé el mensaje que me sentí inspirada a preparar.

Pero entonces, una semana antes de la conferencia, comprendí que el discurso que había preparado no era el que debía dar el domingo de Pascua. Me parecía inconcebible volver a empezar, pero es lo que tuve que hacer. Tenía tres días para preparar un discurso totalmente nuevo.

Me desanimé, pero peor que eso, después de sudar día y noche por semanas preparando el primer mensaje, me sentía agotada emocional, física y espiritualmente. Todo esto sucedió el viernes, y trabajé toda la tarde, toda la noche y todo el día siguiente. Para el sábado en la noche había escrito docenas de páginas mediocres, ninguna de las cuales podía usar. Estaba deprimida. No tenía ideas. El temor se estaba apoderando de mi cuerpo. Ya tarde el sábado en la noche decidí acostarme unas horas.

Entonces sucedió algo que nunca antes había experimentado. Cuando me levanté el domingo a las tres de la mañana, me sentía mejor. Estaba optimista y llena de energía. Prendí la computadora, abrí las escrituras y comencé a escribir. Nueve horas después el discurso básicamente estaba listo. Para mí el milagro fue como separar las aguas del Mar Rojo.

Ahora el resto de la historia. Cuando mis hermanas supieron de mi dilema, entraron en acción, comunicándose con todos en la familia y pidiéndoles que empezaran a ayunar, comenzando el sábado en la tarde. Nunca olvidaré cuando mi hermana Michelle me dijo: "Todos tus sobrinos van a ayunar por ti. Esto va a funcionar."

Cuando me sentí rejuvenecida ese domingo por la mañana, se me dio a saber que estaba recibiendo fuerza por causa del ayuno y las oraciones de mi familia, y quizás en especial porque mis sobrinos estaban dispuestos a ayudar a la tía Sheri. Nunca antes había experimentado tal restauración de mente y de espíritu en un período tan corto. Sencillamente no podría haber hecho lo que tenía que hacer si mi familia no se hubiera unido en oración al Señor por mí. ¿Qué hubiera

pasado si nuestros padres no nos hubieran enseñado a orar y ayunar de niños? ¿Qué hubiera sucedido si mis hermanos no hubieran hecho lo mismo en su hogar? Pero todos estaban listos y dispuestos a responder cuando necesité su ayuda.

El fundamento de la Iglesia y la esperanza del futuro están depositados en la familia, no hay plaza fuerte que se le compare. Existe en la familia un poder que no encontraremos en ningún otro lugar, un poder que trasciende las generaciones y se extiende a través del velo. Ya mencioné a mi abuela Dew. Sus últimas palabras escritas pedían que se le relevara de su llamamiento porque estaba muy enferma. Ella escribió: "Espero que el Señor no piense que le estoy diciendo que no. Amo tanto el evangelio y también esta obra." La abuela murió una semana después, pero dejó atrás un legado de fe que hasta la fecha influye en mí. Nuestras familias eternas proveen vitales plazas fuertes.

Fortalecer a la familia de la Iglesia. La tercera plaza fuerte es la Iglesia, o la familia de la Iglesia. Como individuos y como familias necesitamos protección adicional de las tormentas del mundo, descritas en la sección 115 de Doctrina y Convenios: "el recogimiento en la tierra de Sión y sus estacas sea para defensa y para refugio contra la tempestad y contra la ira, cuando sea derramada . . . sobre toda la tierra" (D. y C. 115:5–6).

Por mucho que amo a mi familia, mi vida estaría vacía si no fuera por mi familia en la Iglesia. A menudo se me pregunta por qué me siento a gusto como miembro soltera de una Iglesia centrada en la familia. Yo no entiendo esa pregunta, la cual insinúa que sería más feliz si no fuera miembro de la Iglesia. También insinúa que sólo reciben felicidad las personas cuyas vidas son ideales, o sea que el grupo de personas felices sería muy pequeño. La pregunta realmente es, ¿cómo puede una persona con circunstancias no tradicionales sentirse aceptada en esta Iglesia?

La respuesta la ha repetido muchas veces el presidente Hinckley al identificar las tres cosas que necesita un miembro nuevo, y yo pienso que todo miembro: amigos, una responsabilidad o la oportunidad de servir, y ser nutrido por la buena palabra de Dios.

Nunca me he sentido ignorada en la Iglesia por las oportunidades que he tenido de servir, las cuales han fortalecido mi testimonio y me han bendecido con amigos muy queridos. Siempre le estaré agradecida al presidente de estaca que me llamó a servir como presidenta de la Sociedad de Socorro en mi estaca de familias. Al extenderme el llamamiento me hizo saber que lo que tenemos en común es más importante que nuestras diferencias. Si hay algún lugar del mundo donde todos, sean cuales fueren nuestras circunstancias personales, debemos sentirnos aceptados, necesitados, valorados y amados, es dentro de la familia de la Iglesia. Y cada uno de nosotros puede servir a otros y ayudarles a sentirse aceptados.

Esa aceptación global frustra los propósitos de Lucifer, porque él odia a un pueblo unido. El presidente George Q. Cannon dijo: "[El diablo] odia a los Santos de los Últimos Días porque trabajan unidos. Si nos dividiéramos . . . el diablo . . . se regocijaría."¹¹ No es de asombrarse que Satanás se deleite cuando nos agrupamos en base a clase social, identidad étnica y un sinnúmero de criterios superficiales. Entre las tácticas más divisorias está su campaña para polarizarnos por género y confundirnos respecto a la naturaleza distintiva y el valor celestial de nuestras

respectivas asignaciones como hombres y mujeres. Esa táctica, si no se le pone barreras, amenaza la unidad de la familia de nuestra Iglesia.

Cuando la prensa hace entrevistas a nuestra presidencia general, invariablemente sorteamos preguntas que infieren que las mujeres Santos de los Últimos Días son dominadas o pasadas por alto. Yo pienso que eso es extraño, porque no he podido encontrar ninguna organización en todo el mundo donde las mujeres ejerzan más influencia que en esta Iglesia. Cientos de miles de nosotras en más de 160 naciones tenemos los derechos y las responsabilidades de presidencia, y miles más son llamadas a enseñar a hombres, mujeres, jóvenes y niños. ¿En qué otro lugar llevan responsabilidad de tanto peso y disfrutan de tanto respeto? No hay ninguna organización para mujeres que se compare con la Sociedad de Socorro, la única organización fundada por un profeta de Dios.

Aunque el profeta José Smith organizó la Sociedad de Socorro "siguiendo el modelo del sacerdocio" y declaró que la Iglesia "nunca estuvo perfectamente organizada hasta que se organizó de esta manera a las mujeres,"¹² hay quienes citan el hecho de que como hermanas no somos ordenadas al sacerdocio como evidencia de que nuestra obra es menos importante que la de los hombres. Pero esa visión del plan del Señor es incompleta y angosta, porque el evangelio de Jesucristo abraza una doctrina ennoblecedora respecto a las mujeres. El élder Bruce R. McConkie dijo: "En todo lo que concierne a la devoción y a la santidad que ocurre como resultado de la rectitud personal . . . los hombres y las mujeres están en una posición de absoluta igualdad ante el Señor."¹³

Desde una perspectiva eterna, sabemos poco en cuanto a la razón de las asignaciones específicas que se dieron a los hombres y a las mujeres. Por ese motivo, el adversario trata de crear confusión acerca de algo que no tiene que ser confuso. Lo que sí sabemos es que el Señor ha declarado Su voluntad al respecto, y por motivos conocidos para Él, nuestras asignaciones como hermanas no requieren que seamos ordenadas al sacerdocio, aunque la mayordomía de los hombres dignos sí requieren la ordenación. Esa diferencia en la mayordomía de los hijos y las hijas de Dios no debe preocuparnos. Debemos sentirnos seguras en cuanto a la forma en que el Señor administra Su reino.

Yo así me siento porque confío en el Señor, y éste es un asunto de fe. Esta Iglesia es Suya. Él está a la cabeza. Y no conculca con Su carácter divino el socavar ni disminuir la contribución ni el valor de ninguna de nosotras.

Lamentablemente, algunos poseedores del sacerdocio tratan incorrectamente a las mujeres y viven por debajo de los privilegios que poseen. El presidente Hinckley ha hablado claro en cuanto a las ramificaciones de tal conducta: "Yo creo que algún día tendrá que rendir cuentas cualquier hombre que ofende a una hija de Dios, y que llegará el momento en que se presentará ante el tribunal del juicio con pesar y remordimiento."¹⁴ Afortunadamente, los abusos de relativamente pocos no niegan las bendiciones del sacerdocio, que son eternas y que en comparación hacen palidecer cualquier cosa ofrecida por el mundo. El plan del Señor nos asegura que todo lo que el Padre tiene está disponible para todos los que califican.

El presidente Joseph Fielding Smith explicó que "las bendiciones del sacerdocio no están limitadas solamente a los hombres, sino que también son derramadas sobre . . . todas las mujeres fieles de la Iglesia . . . El Señor ofrece a Sus hijas todo don y toda bendición espiritual que puedan obtener Sus hijos."¹⁵ El élder James E. Talmage agregó que "en las sagradas investiduras asociadas con las ordenanzas de la Casa del Señor, está claro cuán dramáticamente comparten las mujeres las bendiciones del sacerdocio con los hombres."¹⁶

Todos nosotros, hombres y mujeres por igual, recibimos el don y los dones del Espíritu Santo y tenemos derecho a recibir la revelación personal. Todos podemos tomar sobre nosotros el nombre del Señor, llegar a ser hijos e hijas de Cristo cuando nacemos espiritualmente de Él, participar de las ordenanzas del templo del que salimos armados de poder (D. y C. 109:22), recibir la plenitud del evangelio y alcanzar la exaltación en el reino celestial. Estos privilegios espirituales se derivan del Sacerdocio de Melquisedec, que posee las "llaves de todas las bendiciones espirituales de la iglesia" (D. y C. 107:18).

Como hermanas, el poder del sacerdocio no nos hace menos sino nos magnifica. Cuando este poder se respeta y se ejerce con rectitud, nos une en lugar de separarnos. El élder Talmage declaró que "no hay mayor defensor en todo el mundo, de la mujer y el sexo femenino que Jesús el Cristo."¹⁷ Yo lo creo, y tengo plena confianza en Su plan.

Una pregunta perspicaz en cuanto a las bendiciones del sacerdocio es, ¿por qué no buscamos con más intensidad, tanto hombres como mujeres, las bendiciones disponibles en virtud de este poder trascendental? En Doctrina y Convenios se usa la palabra *recibir* con el sentido de tener fe en algo o aceptarlo como verdad. ¿No recibimos o activamos todos nosotros, incluso los que no hemos sido ordenados, las bendiciones del sacerdocio en nuestra vida al primero creer que el sacerdocio es el poder de Dios y tener fe en su gobierno, y también al buscar esas bendiciones y guardar convenios sagrados, y al sostener a los que han sido ordenados y llamados a dirigirnos?

Brigham Young enseñó: "El sacerdocio se da al pueblo . . . y, cuando éste se comprende correctamente, pueden de hecho abrir el tesoro del Señor y recibir a su entera satisfacción."¹⁸ El poder del sacerdocio es el que abre la puerta del cielo y nos permite comprender los misterios de Dios. La pregunta que podríamos hacernos, por tanto, es: ¿Estamos recibiendo los privilegios y las bendiciones indescriptibles asociados con el don del poder del sacerdocio?

El mes pasado, Carol Thomas, de la Presidencia General de las Mujeres Jóvenes, y yo tuvimos una experiencia inolvidable en Cali, Colombia. Después de una larga tarde de reuniones, como teníamos que tomar un vuelo muy temprano a la mañana siguiente, el presidente de estaca que presidía pidió que la enorme congregación permaneciera sentada mientras partíamos. Pero al pronunciarse el último "Amén," varias docenas de líderes del sacerdocio se pusieron rápidamente de pie y formaron dos líneas, creando un pasillo desde la capilla hasta la camioneta que nos esperaba afuera. Al caminar por ese pasillo resguardado, me sentí profundamente conmovida. En ese entorno, no había necesidad de protegernos, pero la metáfora era clara. En esa instancia, los líderes del sacerdocio simbolizaban el poder del sacerdocio. Es el poder del sacerdocio el que señala, despeja y protege el sendero que conduce a la vida eterna. En el sacerdocio yace el poder para separarnos y resguardarnos del mundo, el poder de someter al adversario y de vencer los

obstáculos, el poder para consolar, bendecir y sanar, y el poder para aumentar nuestra capacidad y permitirnos escuchar la voz del Señor, el poder para fortalecer a los matrimonios y a las familias y sellarnos, y el poder para triunfar sobre la mortalidad y venir a Él. Todo hijo y toda hija de Dios que sea recto y las busque puede recibir estas bendiciones. Como enseñó el presidente Harold B. Lee: "A través del sacerdocio y únicamente el sacerdocio podremos . . . encontrar el camino de regreso a casa."¹⁹

Después de años de buscar entendimiento en las escrituras y en el templo, he llegado a saber por yo misma que el sacerdocio es el poder de Dios para bendecir y exaltar a cada uno de nosotros si vivimos dignos y buscamos sus bendiciones. Es imperativo que comprendamos estas bendiciones y cómo activarlas, porque serán una fuente vital de fuerza y de protección en los días venideros.

A pesar de las circunstancias que encontremos al avanzar para cumplir nuestras misiones preordenadas, es en nuestras plazas fuertes que recordaremos quiénes somos, en dónde estamos y lo que realmente es importante. Esos lugares de refugio son esenciales en un mundo que es cada vez más hostil a los seguidores de Cristo.

Uno de los títeres del adversario durante este siglo fue Hitler, cuyos inicuos designios hicieron estragos en todo el mundo. Muy temprano Winston Churchill trató de advertir a sus coterráneos ingleses que este loco alemán había puesto la mira en toda Europa. Pero catalogaron a Churchill como belicista, y mientras Inglaterra dormía, Hitler juntó un enorme ejército y comenzó a poner en marcha su plan diabólico.

El joven élder Gordon B. Hinckley servía una misión en Inglaterra en esa época, y escuchó los discursos de advertencia de Churchill. Al ser relevado, él y dos compañeros hicieron una gira por el continente europeo. En toda Alemania observaron las disciplinadas tropas Nazi marchar por las calles con el paso de ganso. También notaron una diferencia dramática en otros países donde las tropas eran indisciplinadas en su conducta y en su forma de vestir. El élder Hinckley reflexionó: "Hitler había definido su objetivo y sabía lo que hacía, pero el resto de Europa dormía. Sentí que estaba en primera fila observando marchar la historia."

Hermanas, nosotras estamos en primera fila en una época en que Satanás está avanzando básicamente sin controles ni obstáculos. Por más brutal que haya sido Hitler, nuestro oponente es mucho más amenazador, porque lo que podemos perder es la felicidad y la paz mental aquí, y la vida eterna en el mundo venidero. Satanás sabe exactamente lo que hace. ¿Lo sabemos nosotras? ¿Estamos durmiendo, o estamos creando plazas fuertes donde podamos protegernos de sus avances?

Si alguna vez hubo una época en que el Señor necesitó mujeres rectas y determinadas que pudieran distinguir entre los engaños del adversario y la voz del Señor, es ahora. Si alguna vez hubo una época en que el Señor necesitó mujeres de integridad y pureza que vivan en el mundo pero se elevan encima de él, es ahora. Si alguna vez hubo una época en que el Señor necesitó que Sus hijas estuvieran alertas a lo que sucede en la sociedad y que defendieran la santidad del hogar y de la familia, es ahora. Si alguna vez hubo una época en que el Señor necesitó que tuviéramos una clara visión de quiénes somos, en dónde estamos y lo que es importante, es

ahora. Somos un gigante dormido listo para despertar, porque las hermanas de la Sociedad de Socorro llegarán a ser cada vez más un faro y una guía para incontables mujeres buenas de todas partes, y una salvaguardia contra los males que nos amenazan a nosotras y a nuestros seres amados.

Que hagamos convenio en este mismo momento de trabajar y velar y luchar y orar, de luchar contra el adversario en todo frente, de trabajar para fortalecernos espiritualmente cada semana de cada mes de cada año, de velar por nuestra familia y por la familia de la Iglesia y fortalecerlas a fin de que en las estacas de Sión existan la fuerza y la unidad para ayudarnos a resistir a los subalternos de Lucifer, y de orar por más fuerza, confianza y fe. El Señor nunca esperó más de las mujeres fieles que ahora, pero no estaríamos aquí si no pudiéramos hacerlo.

El historiador Wallace Stegner concluyó su prefacio del libro *The Gathering of Zion: The Story of the Mormon Trail (El Recogimiento de Sión: La Historia del Sendero Mormón)* con estas palabras: "El que no acepte la fe de los [mormones] no significa que dude de su . . . devoción y heroísmo . . . Especialmente las mujeres. Ellas fueron increíbles."²⁰ Nuestras antepasadas fueron increíbles, y nosotras también.

El capitán Moroni alzó el estandarte de la libertad e invitó a los que quisieran preservarlo a venir "con la fuerza del Señor" (Alma 46:20). El presidente Hinckley también lo ha dicho: "Tenemos trabajo que hacer . . . mucho trabajo. Arremanguémonos y manos a la obra, con un nuevo cometido, depositando nuestra confianza en el Señor . . . Podemos hacerlo mejor que nunca antes."²¹

Entre las palabras finales de Mormón a su hijo Moroni pronunció éstas: "trabajemos diligentemente . . . Porque tenemos una obra que debemos efectuar mientras estemos en este tabernáculo de barro, a fin de vencer al enemigo de toda rectitud, y dar reposo a nuestras almas en el reino de Dios" (Moroni 9:6).

Que nuestra fe y nuestras obras nos califiquen para la exaltación de la que escribió Mormón. Que lleguemos a saber que Jesucristo está presto para levantar, fortalecer, consolar y cambiar a todo el que lo busque. Y que lleguemos a testificar como lo hizo el profeta José: "Y ahora, después de los muchos testimonios que se han dado de él, éste es el testimonio, el último de todos, que nosotros damos de él: ¡Que vive!" (D. y C. 76:22) Porque en un día venidero, quizás muy pronto, se cumplirán las más famosas últimas palabras de todas, cuando toda rodilla se doblará y toda lengua confesará que Jesús es el Cristo. Lo testifico, agregando mi testimonio de que somos Sus hijas, que Él es nuestro Salvador, nuestro Protector y nuestro Redentor, en el nombre de Jesucristo. Amén.

NOTAS

1. *Himnos*, numero 164.
2. Conference Report, octubre de 1973, pág. 5.
3. Citado por John A. Widtsoe, en *Priesthood and Church Government*, págs. 86–87.
4. *El Milagro del Perdón*, pag. 2
5. *Millennial Star*, 24 de agosto de 1899, pág. 532.

6. *Discourses of Brigham Young*, pág. 134.
7. *Woman's Exponent*, 15 de septiembre de 1873, págs. 62–63.
8. "El ser marido y padre con rectitud," *Liahona*, enero de 1995, pág. 58.
9. "Caminando a la luz del Señor," *Liahona*, enero de 1999, págs. 117–118.
10. *Gospel Standards*, pág. 101.
11. *Gospel Truth*, págs. 164–165.
12. *Woman's Exponent*, 11 de septiembre de 1883, pág. 51.
13. *Ensign*, enero de 1979, pág. 61.
14. *Ensign*, noviembre de 1989, pág. 95.
15. *Improvement Era*, junio de 1970, pág. 66.
16. *Young Woman's Journal*, octubre de 1914, pág. 602.
17. *Jesús el Cristo*, págs. 499–500.
18. *Discourses of Brigham Young*, pág. 131.
19. "Be Loyal to the Royal Within You," discurso pronunciado en BYU, octubre de 1957.
20. Wallace Stegner, *The Gathering of Zion: The Story of the Mormon Trail*, pág. 13.
21. *Ensign*, noviembre de 1997.